

## BRUJAS EN GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER, *CARTAS DESDE MI CELDA*

Francisco Javier Díez de Revenga

Universidad de Murcia\*

**Abstract:** In his *Cartas desde mi celda*, Gustavo Adolfo Bécquer included a narration which could be classified as fantastic and of terror. Directly related with the world of witches and witchcraft, attached to the most immediate reality, it is a faithful mirror of the superstitions and customs he reflects. Collector of local traditions, within the purest European Romanticism trend, he recreated stories or tales of popular origin, in this case surrounding the witches. He combined the taste for traditions, superstitions, beliefs and popular tales with the caution of the educated towards these traditions. He wants to transmit them to his readers, looking after the truth and authenticity of the quoted testimonies, in order to strengthen the interest of those who followed his articles in *El Contemporáneo*.

**Resumen:** Gustavo Adolfo Bécquer incluyó, en sus *Cartas desde mi celda*, un relato que podríamos calificar de fantástico y de terror, relacionado directamente con el mundo de las brujas y la brujería, prendido a la realidad más inmediata, fiel reflejo de su tratamiento de las supersticiones y costumbres. Recopilador de tradiciones locales, dentro de la tendencia más pura del romanticismo europeo, recreó historias o cuentos de origen popular, en este caso en torno a las brujas. El gusto por referir tradiciones, supersticiones, creencias y relatos populares, lo compartía con la prevención de toda persona culta hacia esas tradiciones, que él quiere transmitir a sus lectores cuidando mucho el verismo y la autenticidad de los testimonios aducidos, para reforzar así el interés de quienes seguían sus artículos de *El Contemporáneo*.

---

\* **Dirección para correspondencia:** Departamento de Literatura Española y Teoría de la Literatura. Fac. de Letras. Universidad de Murcia. 30001-Murcia (España) [revenga@um.es](mailto:revenga@um.es)

Son muchos los documentos de la literatura española, que, a través de los siglos, nos hablan de brujas y de brujería, desde la medieval-renacentista *Celestina* a *Las brujas de Barahona* del dramaturgo contemporáneo Domingo Miras. No es momento de llevar a cabo un panorama general que quedaría corto y reducido, y, para esta ocasión, he preferido concentrar en el espacio de que dispongo, una visión concreta de un autor siempre admirado y seguido por numerosos lectores, excelente poeta y no menos excelente narrador, Gustavo Adolfo Bécquer, representante único del posromanticismo español, que dio entrada en sus escritos al mundo literario de las leyendas y las supersticiones.

Bécquer fue, en efecto, uno de nuestros grandes poetas de todos los tiempos, pero también gran narrador a través de sus inolvidables *Leyendas*, en las que lo misterioso, lo sobrenatural, lo inexplicable, juega muy importante papel, ya que crean un clima fantástico, de ambientes lejanos o remotos, en el que lo prodigioso sorprende a su lector. Un mundo legendario alejado de la realidad, lo que determina su carácter remoto, impreciso.

Pero no ocurre eso con sus *Cartas desde mi celda*<sup>1</sup>, mucho menos conocidas, entre las que también se haya algún relato, que podríamos calificar de fantástico y de terror, relacionado directamente con el mundo de las brujas y la brujería, prendido, ahora sí, a la realidad más inmediata, lo que ha permitido a los estudiosos de Bécquer otorgar un valor especial al tratamiento que hace de las supersticiones y costumbres, tomadas de la realidad inmediata<sup>2</sup>.

Es lo que sucede con las cartas sexta, séptima y octava, que contienen el relato de las brujas de Trasmoz, una de las aportaciones más interesantes a la presencia de la brujería en la literatura española del siglo XIX y de todos los tiempos. Las tres cartas son características de la literatura de su tiempo y de la imaginación de su autor, en la que el miedo, el asombro, el misterio, las supersticiones y la leyenda juegan también un papel decisivo, pero ahora con más estremecimiento por relatar hechos sucedidos en la realidad, vinculados a la vida cotidiana, tomados de viva voz de sus conversaciones con las gentes que le rodean en su retiro del Monasterio de Veruela, al pie del Moncayo.

Bécquer escribe sus cartas desde el casi abandonado Monasterio, donde está recluso para pasar una temporada y mejorar su salud, cuyo destino es su publicación en *El Contemporáneo*, periódico de Madrid, donde aparecen en el verano de 1864. Es curioso que las cartas no se escriben con un propósito de crear un libro, sino que son textos muy directos, como se advierte en su nivel expresivo, para integrarlos en un periódico. Carecen por tanto de una línea común, y los nueve textos responden a impulsos varios, que conservan la frescura de la reflexiones del pensador decimonónico convertido, en cierto modo, también en un reportero. Esa falta de unidad, señalada en las *Cartas* por toda la crítica, no se produce, sin embargo, cuando se trata de las tres cartas que nos ocupan, la sexta, a séptima y la octava, ya que van unidas por un asunto común, el que hemos adelantado de las brujas de Trasmoz.

Poseen, además del asunto común, algunas características estructurales que les otorgan cierta cohesión. El hecho de partir de un suceso contemporáneo, aparecido en la prensa

---

1 Seguimos la edición Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda*, edición de Darío Villanueva, Madrid, Castalia, 1985.

2 Ver la bibliografía, muy completa, que ofrece Monserrat Amores, “¿Son poéticas las brujas? En torno a tres cartas Desde mi celda de Gustavo Adolfo Bécquer”, *Brujas, demonios y fantasmas en la literatura fantástica hispánica*, edición de Jaume Pont, Lleida, Universitat de Lleida, 1999, pp. 191-203.

diaria, en la crónica de sucesos, ya es un signo estructural interesante, ya que la carta sexta surge justamente de la evocación del asesinato de una presunta bruja, acaecido poco antes, unos dos o tres años anteriores al momento en que Bécquer escribe su crónica, mientras que la séptima se refiere a la leyenda de la construcción del castillo de Tresmoz, y la octava a la génesis de las brujas de Tresmoz, por lo que podemos decir que las tres cartas, publicadas en *El Contemporáneo* los días 3, 10 y 17 de julio de 1864, contienen y presentan una cierta unidad temática y estructural.

Una diferencia fundamental ha señalado la crítica especializada entre estas tres *Cartas* y las *Leyendas* de Bécquer, ya que las tres misivas, aunque tratan de un asunto extraordinario relativo a las supersticiones y leyendas, pertenecen al Bécquer folklorista, relator de tradiciones populares, distinto del Bécquer fantástico, descubridor de mundos remotos y legendarios, autor de las leyendas. Monserrat Amores resumió muy bien el estado de la cuestión, citando las opiniones de reputados becqueristas, como Antonio Risco<sup>3</sup>, Rubén Benítez, etc. Éste último señaló que lo que hace Bécquer en estas *cartas* es “transmitir tradiciones o motivos del folklore español del modo directo que lo habría hecho un prefolclorista del siglo XIX”<sup>4</sup>.

Como resume Amores “Bécquer manifiesta esa veneración y culto al pasado y a las tradiciones cuando tienen que ver con el sentimiento religioso, pero se distancia parcialmente con los que se relacionan no tanto con la superstición como con elementos o relatos unidos a creencias aliadas al poder maléfico, a brujas y diablos. El ejemplo más claro de todo esto se encuentra en el tratamiento fantástico y en la voz del narrador de estas tres cartas en torno a las brujas de Trasmoz.”<sup>5</sup>.

Para conseguir el interés de sus lectores, y para asegurar la veracidad del relato, Bécquer se sirve, ya en la carta VI de una voz del narrador privilegiada, ya que encuentra a un pastor, testigo directo de los sucesos, en una de sus excursiones por la comarca de Somontano. El pastor le dará cuenta puntual y directa, a lo largo de la carta sexta, de los sucesos acaecidos, con toda suerte de pormenores y detalles, lo que asegura la veracidad de su testimonio.

Bécquer ya había utilizado, como recuerda Amores, esta técnica en distintos lugares de su obra, y la utilizará en las cartas siguientes, dentro de este mismo relato de las brujas de Trasmoz. Darío Villanueva señala que la misma técnica la utiliza en “La cruz del diablo”, publicada en *La Crónica de Ambos Mundos*, en 1861, y en la leyenda “La cueva de la mora”, publicada en *El Contemporáneo*, el 16 de enero de 1863<sup>6</sup>. En todos los casos, se sirve de un aldeano, habitante de una comarca remota, para conocer un suceso maravilloso y fantástico. El aldeano intenta que el viajero no se aproxime al lugar de los hechos y le manifiesta su prevención y temor de que le pueda ocurrir alguna desgracia relacionada con el suceso relatado o referido por el narrador-testigo. En la carta que nos ocupa, el pastor prevendrá al viajero para que no siga la senda de la tía Casca, “si quiere llegar sano y salvo a la cumbre.”

Otro aspecto que ha llamado la atención a los críticos de Bécquer es la posición que adopta el poeta frente a la leyenda o superstición. El viajero indaga sobre la causa del po-

---

3 Antonio Risco, *Literatura y fantasía*, Madrid, Taurus, 1982, p. 56, n. 10.

4 Rubén Benítez, *Bécquer tradicionalista*, Madrid, Gredos, 1971, p. 92.

5 Monserrat Amores, p. 192.

6 Darío Villanueva, edición citada, p. 40.

sible peligro que puede sufrir y cuando la conoce manifiesta, con la distancia lógica del ser humano que procede de un mundo civilizado, su escepticismo, su descreimiento frente a la superstición protagonizada por el ser rústico y primario, aunque reconoce el propio Bécquer que, al oír el relato, se apodera de él un involuntario temor. Sucede entonces lo que Russel P. Sebold denominó “casi-creer”, tal y como se dice en la propia carta<sup>7</sup>. Como resume Amores: “El narrador, que representa el escepticismo propio del mundo civilizado, debe enmascararlo para ganarse la confianza del hombre del pueblo. Este procedimiento será utilizado por Bécquer no sólo en esta carta sino en la que cuenta la historia de las brujas de Trasmoz, la octava, y también en leyendas como “La cruz del diablo”<sup>8</sup>.

En el principio de la carta sexta, Bécquer se preocupa, en primer lugar de hacer ver la veracidad de los sucesos, y alejarse de lo puramente legendario, para lo que insiste en vincular el suceso a una crónica periodística:

Queridos amigos: Hará cosa de dos o tres años, tal vez leerían ustedes en los periódicos de Zaragoza la relación de un crimen que tuvo lugar en uno de los pueblecillos de estos contornos. Tratábase del asesinato de una pobre vieja a quien sus convecinos acusaban de bruja. Últimamente, y por una coincidencia extraña, he tenido ocasión de conocer los detalles y la historia circunstanciada de un hecho que se comprende apenas en mitad de un siglo tan despreocupado como el nuestro.

Los datos de ambiente, al principio de la carta, no pueden ser más oportunos, con referencias detalladas al paisaje, dificultades de los caminos, hasta llegar al encuentro con el lugareño que le habrá de relatar la historia que él anda investigando: la de las brujas de Trasmoz:

Ya estaba para acabar el día. El cielo, que desde el amanecer se mantuvo cubierto y nebuloso, comenzaba a oscurecerse a medida que el Sol, que antes transparentaba su luz a través de las nieblas, iba debilitándose, cuando, con la esperanza de ver su famoso castillo como término y remate de mi artística expedición, dejé a Litago para encaminarme a Trasmoz, pueblo del que me separa una distancia de tres cuartos de hora por el camino más corto. Como de costumbre, y exponiéndome, a trueque de examinar a mi gusto los parajes más ásperos y accidentados, a las fatigas y la incomodidad de perder el camino por entre aquellas zarzas y peñascales, tomé el más difícil, el más dudoso y más largo, y lo perdí en efecto, a pesar de las minuciosas instrucciones de que me pertreché a la salida del lugar.

Ya enzarzado en lo más espeso y fragoso del monte, llevando del diestro la caballería por entre sendas casi impracticables, ora por las cumbres para descubrir la salida del laberinto, ora por las honduras con la idea de cortar terreno, anduve vagando al azar un buen espacio de tarde, hasta que, por último, en el fondo de una cortadura tropecé con un pastor, el cual abrevaba su ganado en el riachuelo que, después de deslizarse sobre un cauce de piedras de mil colores, salta y se retuerce allí

---

7 Russel P. Sebold, *Bécquer en sus narraciones fantásticas*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 21-23.

8 Montserrat Amores, p. 193.

con un ruido particular que se oye a gran distancia, en medio del profundo silencio de la Naturaleza que en aquel punto y a aquella hora parece muda o dormida.

La presencia del otro narrador, el pastor hallado, va a determinar los efectos del temor a que antes nos hemos referido, aunque, como hemos advertido, Bécquer se manifiesta distante, alejado de la superstición, como si no fuera con él:

Pregunté al pastor el camino del pueblo, el cual, según mis cuentas, no debía de distar mucho del sitio en que nos encontrábamos, pues, aunque sin senda fija, yo había procurado adelantar siempre en la dirección que me habían indicado. Satisfizo el buen hombre mi pregunta lo mejor que pudo, y ya me disponía a proseguir mi azarosa jornada, subiendo con pies y manos y tirando de la caballería como Dios me daba a entender, por entre unos pedruscos erizados de matorrales y puntas, cuando el pastor, que me veía subir desde lejos, me dio una gran voz advirtiéndome que no tomara la senda de la tía Casca, si quería llegar sano y salvo a la cumbre. La verdad era que el camino, que equivocadamente había tomado, se hacía cada vez más áspero y difícil, y que por una parte la sombra que ya arrojaban las altísimas rocas, que parecían suspendidas sobre mi cabeza, y por otra el ruido vertiginoso del agua que corría profunda a mis pies, y de la que comenzaba a elevarse una niebla inquieta y azul, que se extendía por la cortadura borrando los objetos y los colores, parecían contribuir a turbar la vista y conmover el ánimo con una sensación de penoso malestar que vulgarmente podría llamarse preludio de miedo. Volví pies atrás, bajé de nuevo hasta donde se encontraba el pastor, y mientras seguíamos juntos por una trocha que se dirigía al pueblo, adonde también iba a pasar la noche mi improvisado guía, no pude menos de preguntarle con alguna insistencia por qué, aparte de las dificultades que ofrecía el ascenso, era tan peligroso subir a la cumbre por la senda que llamó de la tía Casca.

Un diálogo, de acercamiento, entre viajero y pastor, se sucede a este primer contacto, con protestas por parte del aldeano en torno a la veracidad de los sucesos, y su condición de relator privilegiado por haber sido testigo de los mismos, aunque Bécquer se sigue manifestando, como hemos adelantado, muy escéptico, aludiendo a las sandeces y patrañas de la gente del pueblo: Tras lo que suceden nuevas protestas de veracidad, por parte del pastor, que acaba convenciendo al viajero de su condición de testigo privilegiado:

—Eso dicen los señores de la ciudad, porque a ellos no les molestan; y, fundados en que todo es puro cuento, echaron a presidio a algunos infelices que nos hicieron un bien de caridad a la gente del Somontano, despeñando a esa mala mujer.

Momento que Bécquer aprovecha para tomar una decisión de gran interés desde el punto de vista literario, ya que, para asegurar su verismo, proximidad de los hechos y autenticidad del testimonio, resuelve ceder la voz del narrador a su comunicante, al pastor. De manera distinta a lo que va a realizar en las cartas séptima y octava, no será el propio Bécquer el que relate los sucesos sino que cederá al pastor la voz del narrador, con un simple gesto

verbal (“¡A ver, a ver! Cuénteme usted cómo pasó eso, porque debe de ser curioso -añadí, mostrando toda la credulidad y el asombro suficiente, para que el buen hombre no maliciase que sólo quería distraerme un rato oyendo sus sandeces;”).

Como bien señala Amores, “de esta manera puede imprimir al texto ciertos aspectos que podrían desaparecer con el filtro escéptico del escritor. Así, se acumulan en el relato rasgos inequívocos de una creencia supersticiosa hacia las brujas. La llamada tías Casca es una vieja “alta, seca y haraposa, semejante a un esqueleto que se escapa de su fosa, envuelto aún en los jirones del sudario, una vieja horrible”<sup>9</sup>.

Tiene greñas blancuzcas que se enredan en su frente como culebras; sus formas son extravagantes, su cuerpo es encorvado y sus brazos deformes. En la narración de su asesinato se le compara con una culebra, con un reptil colgado por la cola, y se describe con las greñas sueltas y los ojos inyectados en sangre, con una “hedionda boca entreabierta y llena de espuma” [...] Bécquer recoge también de boca de los aldeanos algunas de las supersticiones relacionadas con los maleficios de las brujas que forman parte de la tradición, como el unto con el que frotan su cuerpo para poder volar, o el mal de ojo a reses y personas”.

He aquí el relato puesto en boca del narrador-testigo, el pastor, que se servirá de diferentes técnicas de aproximación topográfica y mental para asegurar su autenticidad y su verismo:

—¿Ve usted aquel cabezo alto, alto, que parece cortado a pico y por entre cuyas peñas crecen las aliagas y los zarzales? Me parece que sucedió ayer. Yo estaba algunos doscientos pasos camino atrás de donde nos encontramos en este momento: próximamente sería la misma hora, cuando creí escuchar unos alaridos distantes, y llantos e imprecaciones que se entremezclaban con voces varoniles y coléricas, que ya se oían por un lado, ya por otro, como de pastores que persiguen un lobo por entre los zarzales. El Sol, según digo, estaba al ponerse, y por detrás de la altura se descubría un jirón del cielo, rojo y encendido como la grana, sobre el que vi aparecer alta, seca y haraposa, semejante a un esqueleto que se escapa de su fosa, envuelto aún en los jirones del sudario, a una vieja horrible, en la que conocí a la tía Casca. La tía Casca era famosa en todos estos contornos, y me bastó distinguir sus greñas blancuzcas que se enredaban alrededor de su frente como culebras, sus formas extravagantes, su cuerpo encorvado y sus brazos disformes, que se destacaban angulosos y oscuros sobre el fondo de fuego del horizonte, para reconocer en ella a la bruja de Trasmoz. Al llegar ésta al borde del precipicio, se detuvo un instante sin saber qué partido tomar. Las voces de los que parecían perseguirla sonaban cada vez más cerca, y de cuando en cuando se la veía hacer una contorsión, encogerse o dar un brinco para evitar los cantazos que la arrojaban. Sin duda, no traía el bote de sus endiablados untos, porque, a traerlo, seguro que habría atravesado al vuelo la cortadura, dejando a sus perseguidores burlados y jadeantes como lebreles que pierden la pista. ¡Dios no lo quiso así, permitiendo que de una vez pagara todas sus maldades!... Llegaron los mozos que venían en su seguimiento, y la cumbre se coronó de gentes, éstos con piedras en las manos, aquéllos con garrotes, los de más allá con cuchillos. Entonces comenzó una

---

9 Montserrat Amores, p. 193-194.

cosa horrible. La vieja, ¡maldita hipócritona!, viéndose sin huida, se arrojó al suelo, se arrastró por la tierra besando los pies de los unos, abrazándose a las rodillas de los otros, implorando en su ayuda a la Virgen y a los santos, cuyos nombres sonaban en su condenada boca como una blasfemia. Pero los mozos, así hacían caso de sus lamentos como yo de la lluvia cuando estoy bajo techado. —Yo soy una pobre vieja que no ha hecho daño a nadie; no tengo hijos ni parientes que me vengan a amparar: ¡perdonadme, tened compasión de mí! —aullaba la bruja; y uno de los mozos, que con la una mano la había asido de las greñas, mientras tenía en la otra la navaja que procuraba abrir con los dientes, le contestaba rugiendo de cólera: ¡Ah, bruja de Lucifer, ya es tarde para lamentaciones, ya te conocemos todos! —Tú hiciste un mal a mi mulo, que desde entonces no quiso probar bocado, y murió de hambre dejándome en la miseria! —decía uno. —¡Tú has hecho mal de ojo a mi hijo, y lo sacas de la cuna y lo azotas por las noches! —añadía el otro; y cada cual exclamaba por su lado: —¡Tú has echado una suerte a mi hermana! ¡Tú has ligado a mi novia! ¡Tú has emponzoñado la yerba! ¡Tú has embrujado al pueblo entero!

Yo permanecía inmóvil en el mismo punto en que me había sorprendido aquel clamoreo infernal, y no acertaba a mover pie ni mano, pendiente del resultado de aquella lucha.

La voz de la tía Casca, aguda y estridente, dominaba el tumulto de todas las otras voces que se reunían para acusarla, dándole en el rostro con sus delitos, y siempre gimiendo, siempre sollozando, seguía poniendo a Dios y a los santos patronos del lugar por testigos de su inocencia.

Por último, viendo perdida toda esperanza, pidió como última merced que la dejasen un instante implorar del Cielo, antes de morir, el perdón de sus culpas, y, de rodillas al borde de la cortadura como estaba, la vieja inclinó la cabeza, juntó las manos y comenzó a murmurar entre dientes qué sé yo qué imprecaciones ininteligibles: palabras que yo no podía oír por la distancia que me separaba de ella, pero que ni los mismos que estaban a su lado lograron entender. Unos aseguraban que hablaba en latín, otros que en una lengua salvaje y desconocida, no faltando quien pudo comprender que en efecto rezaba, aunque diciendo las oraciones al revés, como es costumbre de estas malas mujeres.

Tras este pormenorizado relato, el pastor se detiene un momento, tiende su mirada alrededor y cambia de estilo pasando de lo puramente narrativo o descriptivo a una especie de *capatio benivolentiae* intimidadora para el viajero, tratando de implicarlo en el terror que paisaje y relato le deben estar haciendo mella en su ánimo. Como señala Amores “el pastor detiene su relato para contagiar su temor y provocar el mismo sentimiento de pavor, que sintió entonces, a su interlocutor, y conseguir la sugestión del narratario y del lector”<sup>10</sup>:

—¿Siente usted este profundo silencio que reina en todo el monte, que no suena un guijarro, que no se mueve una hoja, que el aire está inmóvil y pesa sobre los

---

10 Montserrat Amores, p. 194.

hombros y parece que aplasta? ¿Ve usted esos jirones de niebla oscura que se deslizan poco a poco a lo largo de la inmensa pendiente del Moncayo, como si sus cavidades no bastaran a contenerlos? ¿Los ve usted cómo se adelantan mudos y con lentitud, como una legión aérea que se mueve por un impulso invisible? El mismo silencio de muerte había entonces, el mismo aspecto extraño y temeroso ofrecía la niebla de la tarde, arremolinada en las lejanas cumbres, todo el tiempo que duró aquella suspensión angustiosa. Yo lo confieso con toda franqueza: llegué a tener miedo. ¿Quién sabía si la bruja aprovechaba aquellos instantes para hacer uno de esos terribles conjuros que sacan a los muertos de sus sepulturas, estremecen el fondo de los abismos y traen a la superficie de la tierra, obedientes a sus imprecaciones, hasta a los más rebeldes espíritus infernales? La vieja rezaba, rezaba sin parar; los mozos permanecían en tanto inmóviles, cual si estuviesen encadenados por un sortilegio, y las nieblas oscuras seguían avanzando y envolviendo las peñas, en derredor de las cuales fingían mil figuras extrañas, como de monstruos deformes, cocodrilos rojos y negros, bultos colosales de mujeres envueltas en paños blancos, y listas largas de vapor que, heridas por la última luz del crepúsculo, semejaban inmensas serpientes de colores.

Fija la mirada en aquel fantástico ejército de nubes que parecía correr al asalto de la peña sobre cuyo pico iba a morir la bruja, yo estaba esperando por instantes cuándo se abrían sus senos para abortar a la diabólica multitud de espíritus malignos, comenzando una lucha horrible al borde del derrumbadero, entre los que estaban allí para hacer justicia en la bruja y los demonios que, en pago de sus muchos servicios, vinieran a ayudarla en aquel amargo trance.

El viajero interrumpe en este punto “el animado cuento de mi interlocutor e impaciente ya por conocer el desenlace”, y le ruega que vaya terminando, en la creencia ya avanzada de que tantos conjuros no le habrían de servir de nada a la presunta bruja, lo que confirma el pastor conjuntando otras leyendas o supersticiones, como “por ser viernes, día en que murió Nuestro Señor Jesucristo, y no haber acabado aún las vísperas; durante las que los malos no tienen poder alguno”. Tras lo que relata el final del episodio, en el que se concilian diversas leyendas, supersticiones y creencias, relacionadas con la tradición de la brujería en el folklore español:

La vieja entonces, tan humilde, tan hipócrita hasta aquel punto, se puso de pie con un movimiento tan rápido como el de una culebra enroscada a la que se pisa y despliega sus anillos irguiéndose llena de cólera. —¡Oh!, no; ¡no quiero morir, no quiero morir -decía-; dejadme u os morderé las manos con que me sujetáis!... Pero aún no había pronunciado estas palabras, abalanzándose a sus perseguidores, fuera de sí, con las greñas sueltas, los ojos inyectados de sangre y la hedionda boca entre abierta y llena de espuma, cuando la oí arrojar un alarido espantoso, llevarse, por dos o tres veces las manos al costado con grande precipitación, mirárselas y volvérselas a mirar maquinalmente, y, por último, dando tres o cuatro pasos vacilantes como si estuviese borracha, la vi caer al derrumbadero. Uno de los mozos a quien la bruja hechizó a una hermana, la más hermosa, la más buena del lugar, la había herido de muerte en el



momento en que sintió que le clavaba en el brazo sus dientes negros y puntiagudos. ¿Pero cree usted que acabó ahí la cosa? Nada menos que eso; la vieja de Lucifer tenía siete vidas como los gatos. Cayó por un derrumbadero donde cualquiera otro a quien se le resbalase un pie no pararía hasta lo más hondo, y ella, sin embargo, tal vez porque el diablo le quitó el golpe o porque los harapos de las sayas la enredaron en los zarzales, quedó suspendida de uno de los picos que erizan la cortadura, barajándose y retorciéndose allí como un reptil colgado por la cola. ¡Dios, cómo blasfemaba! ¡Qué imprecaciones tan horribles salían de su boca! Se estremecían las carnes y se ponían de punta los cabellos sólo de oírlos... Los mozos seguían desde lo alto todas sus grotescas evoluciones, esperando el instante en que se desgarraría el último jirón de la saya a que estaba sujeta, y rodaría dando tumbos de pico en pico hasta el fondo del barranco; pero ella, con el ansia de la muerte y sin cesar de proferir, ora horribles blasfemias, ora palabras santas mezcladas de maldiciones, se enroscaba en derredor de los matorrales; sus dedos largos, huesosos y sangrientos, se agarraban como tenazas a las hendiduras de las rocas, de modo que ayudándose de las rodillas, de los dientes, de los pies y de las manos, quizás hubiese conseguido subir hasta el borde, si algunos de los que la contemplaban y que llegaron a temerle así, no hubiesen levantado en alto una piedra gruesa, con la que le dieron tal cantazo en el pecho, que piedra y bruja bajaron a la vez saltando de escalón en escalón por entre aquellas puntas calcáreas, afiladas como cuchillos, hasta dar por último, en ese arroyo que se ve en lo más profundo del valle... Una vez allí, la bruja permaneció un largo rato inmóvil, con la cara hundida entre el légamo y el fango del arroyo que corría enrojecido con la sangre; después, poco a poco, comenzó como a volver en sí y a agitarse convulsivamente. El agua cenagosa y sangrienta saltaba en derredor batida por sus manos, que de vez en cuando se levantaban en el aire crispadas y horribles, no sé si implorando piedad o amenazando aún en las últimas ansias... Así estuvo algún tiempo removiéndose y queriendo inútilmente sacar la cabeza fuera de la corriente buscando un poco de aire, hasta que al fin se desplomó muerta; muerta del todo, pues los que la habíamos visto caer y conocíamos de lo que es capaz una hechicera tan astuta como la tía Casca no apartamos de ella los ojos hasta que, completamente entrada la noche, la oscuridad nos impidió distinguirla, y en todo ese tiempo no movió pie ni mano; de modo que si la herida y los golpes no fueron bastantes a acabarla, es seguro que se ahogó en el riachuelo cuyas aguas tantas veces había embrujado en vida para hacer morir nuestras reses. -¡Quien en mal anda, en mal acaba! -exclamamos después de mirar una última vez al fondo oscuro del despeñadero; y santiguándonos santamente y pidiendo a Dios nos ayudase en todas las ocasiones, como en aquella, contra el diablo y los suyos, emprendimos con bastante despacio la vuelta al pueblo, en cuya desvencijada torre las campanas llamaban a la oración a los vecinos devotos.

Termina el relato del asesinato de la bruja, pero no finaliza la carta. Bécquer se devuelve su voz de narrador omnisciente para facilitarnos sus impresiones tras el relato, y, después de estas consideraciones, ofrece unas reflexiones directas sobre la bruja y la brujería rematado todo con una posdata, de lo más interesante, en donde anuncia una nueva carta, justamente

la que ocupará el octavo lugar, basada en un coloquio con la muchacha que le atiende en su celda del monasterio. Pero, antes de llegar a esto, unas impecables notas de paisaje, con la presencia del pueblo, y los restos del castillo, nos devuelven al Bécquer más romántico, pintor de lejanías y oscuridades en una noche “sombria y nebulosa”, con luna y nubes, mientras al fondo se oyen las campanas de la iglesia de Trasmoz:

Cuando el pastor terminó su relato, llegábamos precisamente a la cumbre más cercana al pueblo, desde donde se ofreció a mi vista el castillo oscuro e imponente con su alta torre del homenaje, de la que sólo queda en pie un lienzo de muro con dos saeteras, que transparentaban la luz y parecían los ojos de un fantasma. En aquel castillo, que tiene por cimientto la pizarra negra de que está formado el monte, y cuyas vetustas murallas, hechas de pedruscos enormes, parecen obras de titanes, es fama que las brujas de los contornos tienen sus nocturnos conciliábulos.

La noche había cerrado ya, sombría y nebulosa. La Luna se dejaba ver a intervalos por entre los jirones de las nubes que volaban en derredor nuestro, rozando casi con la tierra, y las campanas de Trasmoz dejaban oír lentamente el toque de oraciones, como al final de la horrible historia que me acababan de referir.

Tras estas notas paisajísticas, el poeta nos devuelve su propia imagen en la soledad de su celda, escribiendo a sus lectores, y confesando que él mismo, a pesar de ser un hombre moderno, civilizado, urbano, que rechaza en principio las creencias y las supersticiones, sin embargo, se ve atrapado por involuntarios sentimientos de terror, que expresa muy bien físicamente, manifestando que sus cabellos se erizaron:

Ahora que estoy en mi celda tranquilo, escribiendo para ustedes la relación de estas impresiones extrañas, no puedo menos de maravillarme y dolerme de que las viejas supersticiones tengan todavía tan hondas raíces entre las gentes de las aldeas, que den lugar a sucesos semejantes; pero, ¿por qué no he de confesarlo, sonándome aún las últimas palabras de aquella temerosa relación, teniendo junto a mí a aquel hombre que de tan buena fe imploraba la protección divina para llevar a cabo crímenes espantosos, viendo a mis pies el abismo negro y profundo en donde se revolvía el agua entre las tinieblas, imitando gemidos y lamentos, y en lontananza el castillo tradicional, coronado de almenas oscuras, que parecían fantasmas asomadas a los muros, sentí una impresión angustiosa, mis cabellos se erizaron involuntariamente, y la razón, dominada por la fantasía, a la que todo ayudaba, el sitio, la hora y el silencio de la noche, vaciló un punto, y casi creí que las absurdas consejas de las brujerías y los maleficios pudieran ser posibles.

Y, ahora, la posdata, en la que mantiene un interesante coloquio con la muchacha de su servicio en el monasterio, en la que hablan de brujas y creencias, tales como que si es viernes no se puede hablar de brujas por ser el día de la muerte del Señor Jesucristo, aunque ese día ellas no pueden hacer mal a nadie. Establecido que es martes o miércoles, refiere otras

creencias como que si el cura que les bautiza no equivoca ni olvida ninguna frase del credo tienen privilegio contra las brujas, o la consulta a un cedazo, haciendo tres cruces con la mano izquierda, para saber si se tiene este privilegio anti-brujas, o el hacer una cruz en las cenizas del hogar antes de dormir con las tenazas para que no entren por la chimenea o poner la escoba en la puerta con el palo en el suelo, lo que a Bécquer no deja de sorprenderle por sentirse concernido directamente, y así nos cuenta que respondió:

—¡Ah!, vamos; ¿conque la escoba que encuentro algunas mañanas a la puerta de mi habitación con las palmas hacia arriba y que me ha hecho pensar que era uno de tus frecuentes olvidos, no estaba allí sin su misterio? Pero se me ocurre preguntar una cosa: si ya mataron a la bruja y, una vez muerta, su alma no puede salir del precipicio donde por permisión divina anda penando, ¿contra quien tomas esas precauciones?

—¡Toma, toma! Mataron a una; pero como que son una familia entera y verdadera, que desde hace un siglo o dos vienen heredando el unto de unas en otras, se acabó con una tía Casca, pero queda su hermana, y cuando acaben con ésta, que acabarán también, le sucederá su hija, que aún es moza y ya dicen que tiene sus puntos de hechicera.

Otro aspecto de un gran interés literario, y que tiene que ver con la propia intención de verismo y autenticidad del comunicante, se produce cuando Bécquer le pide a la muchacha que le refiera “esa historia”, a lo que responde la muchacha diciendo “Es que esto no es cuento”, lo que el poeta acepta “para tranquilizarla respecto a la entera fe con que sería acogida la relación por mi parte.” Naturalmente, esta “historia” será la que ocupará la carta octava, tal como promete el poeta al cerrar esta sexta. Pero antes, en la carta séptima se va a emplear en el relato de la fundación del castillo de Trasmoz, parte de la historia que tiene mucho que ver con las propias brujas. Bécquer anuncia ufano que “va de cuento”, y, como resume Amores, “en esencia narra la historia de un hechicero, que se oculta bajo la apariencia de un pobre viejo, y que promete al rey moro construir en una noche un castillo siempre que él sea nombrado su alcaide. El rey, en tono de burla, admite el pacto siempre que el castillo sea construido en una noche. El anciano llega a un pueblo, y, a la orilla de un arroyo, se sienta a comer y encuentra a unos pastores a los que promete trabajo en el castillo. Tras el diálogo, los pastores, que saben que en lugar indicado por el anciano no existe castillo alguno, lo toman por loco pero le ofrecen cobijo”<sup>11</sup>. El nigromante invoca las fuerzas de la naturaleza, se produce el sortilegio, y piedras y árboles se ponen en movimiento y se construye el castillo:

Después que se hubo reposado un instante de las fatigas del camino, sacó de las alforjillas un estuche de forma particular y extraña, un librote muy carcomido y viejo, y un cabo de vela verde, corto y a medio consumir. Frotó con sus dedos descarnados y huesosos en uno de los extremos del estuche, que parecía de metal y era a modo de linterna, y a medida que frotaba, veíase como una lumbre sin claridad, azulada,

---

11 Montserrat Amores, p. 198.

medrosa e inquieta, hasta que por último brotó una llama y se hizo luz: con aquella luz encendió el cabo de vela verde, a cuyo escaso resplandor, y no sin haberse calado antes unas disformes antiparras redondas, comenzó a hojear el libro, que para mayor comodidad había puesto delante de sí sobre una de las peñas. Según que el nigromante iba pasando las hojas del libro, llenas de caracteres árabes, caldeos y siriacos trazados con tinta azul, negra, roja y violada, y de figuras y signos misteriosos, murmuraba entre dientes frases ininteligibles, y, parando de cierto en cierto tiempo la lectura, repetía un estribillo singular con una especie de salmodia lúgubre, que acompañaba hiriendo la tierra con el pie y agitando la mano que le dejaba libre el cuidado de la vela, como si se dirigiese a alguna persona.

Concluida la primera parte de su mágica letanía, en la que, unos tras otros, había ido llamando por sus nombres, que yo no podré repetir, a todos los espíritus del aire y de la tierra, del fuego y de las aguas, comenzó a percibirse en derredor un ruido extraño, un rumor de alas invisibles que se agitaban a la vez, y murmullos y confusos, como de muchas gentes que se hablasen al oído. En los días revueltos del otoño, y cuando las nubes, amontonadas en el horizonte, parecen amenazar con una lluvia copiosa, pasan las grullas por el cielo, formando un oscuro triángulo, con un ruido semejante. Mas lo particular del caso era que allí a nadie se veía, y aun cuando se percibiese el aleteo cada vez más próximo, y el aire agitado moviera en derredor las hojas de los árboles, y el rumor de las palabras dichas en voz baja se hiciese gradualmente más distinto, todo semejaba cosa de ilusión o ensueño. Paseó el mágico la mirada en todas direcciones para contemplar a los que sólo a sus ojos parecían visibles y, satisfecho sin duda del resultado de su primera operación, volvió a la interrumpida lectura. Apenas su voz temblona, cascada y un poco nasal comenzó a dejarse oír pronunciando las enrevesadas palabras del libro, se hizo en torno un silencio tan profundo, que no parecía sino que la Tierra, los astros y los genios de la noche estaban pendientes de los labios del nigromante, que ora hablaba con frases dulces y de suave inflexión, como quien suplica, ora con acento áspero, enérgico y breve, como quien manda. Así leyó largo rato, hasta que al concluir la última hoja se produjo un murmullo en el invisible auditorio, semejante al que forman en los templos las confusas voces de los fieles cuando acabada una oración, todos contestan amén en mil diapasones distintos. El viejo, que a medida que rezaba y rezaba aquellos diabólicos conjuros había ido exaltándose y cobrando una energía y un vigor sobrenaturales, cerró el libro con un gran golpe, dio un soplo a la vela verde y, despojándose de las antiparras redondas, se puso de pie sobre la altísima peña donde estuvo sentado y desde donde se dominaban las infinitas ondulaciones de la falda del Moncayo; con los valles, las rocas y los abismos que la quiebran. Allí, de pie, con la cabeza erguida y los brazos extendidos, el uno al Oriente y el otro al Occidente, alzó la voz y exclamó dirigiéndose a la infinita muchedumbre de seres invisibles y misteriosos que, encadenados a su palabra por la fuerza de los conjuros, esperaban sumisos sus órdenes:

—¡Espíritus de las aguas y de los aires, vosotros que sabéis horadar las rocas y abatir los troncos más corpulentos, agitaos y obedecedme!

Primero suave, como cuando levanta el vuelo una banda de palomas; después más fuerte, como cuando azota el mástil de un buque una vela hecha jirones, oyose el ruido de las alas al plegarse y desplegarse con una prontitud increíble, y aquel ruido fue creciendo, creciendo, hasta que llegó a hacerse espantoso, como el de un huracán desencadenado. El agua de los torrentes próximos saltaba y se retorció en el cauce, espumarajeando e irguiéndose como una culebra furiosa; el aire, agitado y terrible, zumbaba en los huecos de las peñas, levantaba remolinos de polvo y de hojas secas, y sacudía, inclinándolas hasta el suelo, las copas de los árboles. Nada más extraño y horrible que aquella tempestad circunscrita a un punto, mientras la Luna se remontaba tranquila y silenciosa por el cielo, y las aéreas lejanas cumbres de la cordillera parecían bañadas de un sereno y luminoso vapor. Las rocas crujían como si sus grietas se dilatasen, e impulsadas de una fuerza oculta e interior amenazaban volar hechas mil pedazos. Los troncos más corpulentos arrojaban gemidos y chasqueaban, próximos a hendirse, como si un súbito desenvolvimiento de sus fibras fuese a rajar la endurecida corteza. Al cabo, y después de sentirse sacudido el monte por tres veces, las piedras se desencajaron y los árboles se partieron, y árboles y piedras comenzaron a saltar por los aires en furioso torbellino, cayendo semejantes a una lluvia espesa, en el lugar que de antemano señaló el nigromante a sus servidores. Los colosales troncos y los inmensos témpanos de granito y pizarra oscura, que eran como arrojados al azar, caían, no obstante, unos sobre otros con admirable orden, e iban formando una cerca altísima a manera de bastión, que el agua de los torrentes, arrastrando arenas, menudas piedrecillas y cal de su alveolo, se encargaba de completar, llenando las hendiduras con una argamasa indestructible.

Creado el castillo, el narrador nos conduce a las escenas en las que el rey conoce que, finalmente, el castillo se ha construido, mostrando primero la incredulidad del rey que creía que se trataba de una broma, tal como distendido y con ciertas sorna e ironía cuenta el propio Bécquer, en tono muy escéptico también:

Sin duda su alteza árabe sospechaba que alguno de sus emires, conocedores del diálogo del día anterior, se había permitido darle una broma sin precedentes en los anales de la etiqueta musulmana, pues con acento de mal disimulado enojo exclamó, jugando con el pomo de su alfanje de una manera particular, como solía hacerlo cuando estaba a punto de estallar su cólera:

—¡Pronto, mi caballo más ligero, y a Trasmoz que juro por mis barbas y las del Profeta que, si es cuento el mensaje de los corredores, donde debiera estar el castillo he de poner una picota para los que lo han inventado!

Esto dijo el rey, y minutos después, no corría, volaba camino de Trasmoz seguido de sus capitanes. Antes de llegar a lo que se llama el Somontano, que es una reunión de valles y alturas que van subiendo gradualmente hasta llegar al pie de la cordillera que domina el Moncayo, coronado de nieblas y de nubes como el gigante y colosal monarca de estos montes, hay viniendo de Tarazona, una gran eminencia que lo ocul-

ta a la vista hasta que se llega a su cumbre. Tocaba el rey casi a la cúspide de esta altura, conocida hoy por la Ciezma, cuando, con gran asombro suyo y de los que le seguían, vio venir a su encuentro al viejecito de las alforjas, con la misma túnica raída y remendada del día anterior, el mismo turbante, hecho jirones y sucio, y el propio báculo, tosco y fuerte, en que se apoyaba, mientras él, en son de burla, después de haber oído su risible propuesta, le arrojó una moneda para que comprase pan y cebollas. Detúvose el rey delante del viejo, y éste, postrándose de hinojos y sin dar lugar a que le preguntara cosa alguna, sacó de las alforjas, envueltas en un paño de púrpura, dos llaves de oro, de labor admirable y exquisita, diciendo al mismo tiempo que las presentaba a su soberano:

—Señor, yo he cumplido ya mi palabra; a vos toca sacar airosa de su empeño la vuestra.

—Pero ¿no es fábula lo del castillo? -preguntó el rey entre receloso y suspenso, y fijando alternativamente la mirada, ya en las magníficas llaves que por su materia y su inconcebible trabajo valían de por sí un tesoro, ya en el viejecito, a cuyo aspecto miserable se renovaba en su ánimo el deseo de socorrerle con una limosna.

—Dad algunos pasos más y lo veréis -respondió el alcaide; pues, una vez cumplida su promesa y siendo la que le habían empeñado palabra de rey, que al menos en estas historias tiene fama de inquebrantable, por tal podemos considerarle desde aquel punto. Dio algunos pasos más el soberano; llegó a lo más alto de la Ciezma, y, en efecto, el castillo de Trasmoz apareció a sus ojos, no tal como hoy se ofrecería a los de ustedes, si por acaso tuvieran la humorada de venir a verlo, sino tal como fue en lo antiguo, con sus cinco torres gigantes, su atalaya esbelta, sus fosos profundos, sus puertas chapeadas de hierro, fortísimas y enormes, su puente levadizo y sus muros coronados de almenas puntiagudas.

El relato termina aquí, súbitamente, sin más reflexiones ni comentarios por parte de Bécquer, sorprendido, de pronto, por no haber cumplido su promesa de contar una historia de brujas, y, a cambio, haber ofrecido una historia de castillo, por lo que se excusa ante sus lectores y promete en la siguiente carta, llevar a cabo, lo que había anunciado:

Al llegar a este punto de mi carta, advierto que, sin querer, he faltado a la promesa que hice en la anterior y ratifiqué al tomar hoy la pluma para escribir a ustedes. Prometí contarles la historia de la bruja de Trasmoz y sin saber cómo les he relatado en su lugar la del castillo. Con estos cuentos sucede lo que con las cerezas: sin pensarlo, salen unas enredadas en otras. ¿Qué le hemos de hacer? Consejo por consejo, allá va la primera que se ha enredado en el pico de la pluma; merced a ella y teniendo presente su diabólico origen, comprenderán ustedes por qué las brujas, cuya historia quedo siempre comprometido a contarles, tienen una marcada predilección por las ruinas de este castillo y se encuentran en él como en su casa.

Y, naturalmente, es la carta octava la más interesante desde el punto de vista de la historia de las brujas. Notas de ambiente, descripción de personajes, justificación de los hechos,

todo se pone al servicio para ofrecer a sus lectores la versión más completa y verídica de la historia de las brujas, que, por fin, va a relatar puntualmente:

En la carta octava no duda en crear el ambiente fantástico adecuado para enmarcar el relato que una de las mujeres del servicio del monasterio el ha contado. Y así propicia la ambientación adecuada:

Queridos amigos: En una de mis cartas anteriores dije a ustedes en qué ocasión y por quién me fue referida la estupenda historia de las brujas, que a mi vez he prometido repetirles. La muchacha que se encuentra a mi servicio, tipo perfecto del país, con su apretador verde, su saya roja y sus medias azules, había colgado el candil en un ángulo de mi habitación, débilmente alumbrada, aun con este aditamento de luz, por una lamparilla, a cuyo escaso resplandor escribo. Las diez de la noche acababan de sonar en el antiguo reloj de pared, único resto del mobiliario de los frailes, y solamente se oían, con breves intervalos de silencio, profundo, esos ruidos apenas perceptibles y propios de un edificio deshabitado e inmenso, que producen el aire que gime, los techos que crujen, las puertas que rechinan y los animaluchos de toda calaña que vagan a su placer por los sótanos, las bóvedas y las galerías del monasterio, cuando después de contarme la leyenda que corre más válida acerca de la fundación del castillo, y que ya conocen ustedes, prosiguió su relato, no sin haber hecho antes un momento de pausa para calcular el efecto que la primera parte de la historia me había producido, y la cantidad de fe con que podía contar en su oyente para la segunda.

Y la moza del pueblo le cuenta una de las leyendas del pueblo de Trasmoz, en el que ejercía su sagrado ministerio un cura muy bueno que había logrado con sus exorcismos ahuyentar las brujas del castillo próximo e impedir sus maleficios sobre la gente del pueblo. Hasta que, por muerte de un hermano, viene a vivir con él la que él creía que iba a ser consuelo de su vejez, Dorotea, una muchacha de dieciocho años, modesta en principio, pero que, ante la proximidad de la fiesta mayor del pueblo, ve con envidia cómo se engalanan todas sus vecinas, cosen nuevos vestidos, preparan alhajas, mientras que ella, dada la pobreza del cura, no puede prepararse ninguna gala para la fiesta. Hasta que un día comienzan los prodigios e intervienen los poderes sobrenaturales, tal como nos cuenta magistralmente el genial Bécquer:

Sentada estaba, pues, a la puerta de su casa la malhumorada sobrina del cura, bajando en su imaginación mil desagradables pensamientos, cuando acertó a pasar por la calle una vieja muy llena de jirones y de andrajos que, agobiada por el peso de la edad, caminaba apoyándose en un palito.

Como advertimos, el ambiente está ya creado, y la sola presencia de la vieja nos hace estremecer, sobre todo cuando comprobamos siguiendo el relato que al pedirle una limosna a la muchacha, ésta no le hace el menor caso, y así una y otra vez. Pero la vieja, dulcificando su desagradable voz de carraca inicia un lento aproximarse a la muchacha y convencerla de que puede darle todo lo que ella quiera si estuviere dispuesta a servir a “un señor poderoso

como el de Mosén Gil”, es decir el mismísimo diablo, aunque en ningún momento lo nombra Bécquer, pero sí sus cualidades, cantadas con entusiasmo por la vieja:

—Mas no te apures —continuó la astuta arpía después de darle esta prueba de su maravillosa perspicacia—; no te apures: hay un señor tan poderoso como el de mosén Gil, y en cuyo nombre me he acercado a hablarte so pretexto de pedir una limosna; un señor que no sólo no exige sacrificios penosos de los que le sirven, sino que se esmera y complace en secundar todos sus deseos; alegre como un juglar, rico como todos los judíos de la tierra juntos y sabio hasta el extremo de conocer los más ignorados secretos de la ciencia, en cuyo estudio se afanan los hombres. Las que le adoran viven en una continua zambra, tienen cuantas joyas y dijes desean, y poseen filtros de una virtud tal, que con ellos llevan a cabo cosas sobrenaturales; se hacen obedecer de los espíritus, del Sol y de la Luna, de los peñascos, de los montes y de las olas del mar, e infunden el amor o el aborrecimiento en quien mejor les cuadra. Si quieres ser de los suyos, si quieres gozar de cuanto ambicionas, a muy poca costa puedes conseguirlo. Tú eres joven, tú eres hermosa, tú eres audaz, tú no has nacido para consumirte al lado de un viejo achacoso e impertinente, que al fin te dejará sola en el mundo y sumida en la miseria, merced a su caridad extravagante.

Los que le adoran viven en una continua zambra, tienen cuantas joyas y dijes desean y poseen filtros e una virtud tal que con ellos llevan a cabo cosas sobrenaturales; se hacen obedecer de los espíritus, del Sol y de la Luna, de los peñascos, de los montes y de las olas del mar e infunden el amor o el aborrecimiento en quien mejor les cuadra. Si quieres ser de los suyos, si quieres gozar de cuanto ambicionas, a muy poca costa puedes conseguirlo...

Y le propone un acuerdo consistente en cambiar el agua bendita con la que cada noche el cura hacía exorcismo al pueblo para evitar las brujas por un brebaje diabólico que le entrega. Bécquer intensifica el ambiente de lo fantástico y misterioso:

Si sustituyes aquella agua con ésta y después de apagado el hogar dejas las tenazas envueltas en las cenizas, yo vendré a verte por la chimenea al toque de ánimas, y el señor a quien obedezco, y que en muestra de su generosidad te envía este anillo, te dará cuanto deseas.

Y así lo hace la moza, y así se cumple. En la noche antes de la fiesta, descienden por la chimenea un gran número de gatos, hasta catorce o quince, y un número aún mayor de pequeños sapos, que se convierten aquéllos en hacendosas muchachas que confeccionarán los vestidos más lujosos y éstos en artesanos que llevarán a cabo las joyas más elegantes y las zapatillas más delicadas, con las que acudiré, una vez dormido el cura, a la fiesta la muchacha siendo la envidia e todas sus vecinas, y logrando un pretendiente de los más ricos y bien dispuestos de la localidad con el que en efecto se casará.



Pero el maleficio. Como relata muy bien Gustavo Adolfo Bécquer, sí se produce:

Las brujas, con grande asombro suyo y de sus feligreses, tornaron a aposentarse en el castillo; las jóvenes del lugar se veían atacadas de enfermedades incomprensibles; los niños eran azotados por la noche en sus cunas, y los sábados, después que la campana de la iglesia dejaba oír el toque de ánimas, unas sonado panderos, otras añafles o castañuelas, y todas a caballo sobre sus escobas, los habitantes de Trasmoz veía pasar una banda e viejas, espesa como las grullas, que iba a celebrar sus endiablados ritos a la sombra de los muros y de la ruinosa atalaya que corona la cumbre del monte.

Como vemos, sin insistir de una manera decidida en aspectos terroríficos, Bécquer logra crear un ambiente fantástico que en algunos momentos refleja un cierto temor. Como el que experimenta la muchacha al hacer punto por punto todo lo que la bruja le pide, como así reconoce Bécquer, cuando indica que “temblaba” siguiendo las instrucciones, ante la surgencia de los gatos y sapos por la chimenea, sobre todo cuando la muchacha advierte en el gato que parecía hacer de jefe, un gato gris, en cuyos ojillos “verdosos y fosforescentes” cree reconocer los de la misma bruja. El ambiente de la llegada de los gatos y sapos no puede ser más conseguido, cuando describe a todos los gatos danzando por la habitación y a los pequeños sapos “verdes y tripudos con un cascabel al cuello y una a manera de casaquilla roja”, que “daban volteretas en el aire o hacían equilibrios y dislocaciones pasmosas, como los *clowns* de nuestros circos ecuestres.” O en el momento en que acepta el conjuro que el gato-jefe le propone: “haz tres veces la señal de la cruz con la mano izquierda, invocando la trinidad de los infiernos: Belcebú, Astarot y Belial.”:

Pasó la tarde, llegó la noche, llegando con ella la oscuridad y las horas aparentes para los misterios y los conjuros, y ya mosén Gil, sin caer en la cuenta de la sustitución del agua con un brebaje maldito, había hecho sus inútiles aspersiones y dormía con el sueño reposado de los ángeles, cuando Dorotea, después de apagar la lumbre del hogar y poner, según fórmula, las tenazas entre las cenizas, se sentó a esperar a la bruja, pues bruja y no otra cosa podía ser la vieja miserable que disponía de joyas de tanto valor como el anillo y visitaba a sus amigos a tales horas y entrando por la chimenea.

Los habitantes de la aldea de Trasmoz dormían asimismo como lirones, excepto algunas muchachas que velaban, cosiendo sus vestidos para el día siguiente. Las campanas de la iglesia dieron al fin el toque de ánimas, y sus golpes lentos y acompasados se perdieron dilatándose en las ráfagas del aire para ir a expirar entre las ruinas del castillo. Dorotea, que hasta aquel momento, y una vez adoptada su resolución, había conservado la firmeza y sangre fría suficientes para obedecer las órdenes de la bruja, no pudo menos de turbarse y fijar los ojos con inquietud en el cañón de la chimenea por donde había de verla aparecer de un modo tan extraordinario. No se hizo esperar mucho, y apenas se perdió el eco de la última campanada, cayó de golpe entre la ceniza en forma de gato gris y haciendo un ruido extraño y particular de estos animalitos, cuando con la cola levantada y el cuerpo hecho un arco, van y vienen de un

lado a otro acariciándose con nuestras piernas. Tras el gato gris cayó otro rubio, y después otro negro, más otro de los que llaman moriscos, y hasta catorce o quince de diferentes dimensiones y color, revueltos con una multitud de sapillos verdes y tripudios con un cascabel al cuello, y una a manera de casaquilla roja. Una vez juntos los gatos, comenzaron a ir y venir por la cocina, saltando de un lado a otro; éstos por los vasares, entre los pucheros y las fuentes, aquéllos por el ala de la chimenea, los de más allá revolcándose entre la ceniza y levantando una gran polvareda, mientras que los sapillos, haciendo sonar su cascabel, se ponían de pie al borde de las marmitas, daban volteretas en el aire o hacían equilibrios y dislocaciones pasmosas, como los clowns de nuestros circos ecuestres. Por último, el gato gris, que parecía el jefe de la banda, en cuyos ojillos verdosos y fosforescentes había creído reconocer la sobrina del cura los de la vieja que le habló por la tarde, levantándose sobre las patas traseras en la silla en que se encontraba subido, dirigió la palabra en estos términos.

El final del relato se compone de dos acciones. Por un lado, la descripción de lo conseguido por Dorotea, en un ambiente fantástico total, que embauca al pobre Mosén Gil, sin que nadie sospeche el embrujamiento padecido:

Dorotea, aunque temblando, hizo punto por punto lo que se le decía, y los gatos se convirtieron en otras tantas mujeres, de las cuales, unas comenzaron a cortar y otras a coser telas de mil colores, a cual más vistoso y llamativo, hilvanando y concluyendo sayas y jubones a toda prisa, en tanto que los sapillos, diseminados por aquí y por allá, con unas herramientas diminutas y brillantes, fabricaban pendientes de filigrana de oro para las orejas, anillos con piedras preciosas para los dedos, o armados de su tirapié y su lezna en miniatura, cosían unas zapatillas de tafilete, tan monas y tan bien acabadas, que merecían calzar el pie de una hada. Todo era animación y movimiento en derredor de Dorotea; hasta la llama del candil que alumbraba aquella escena extravagante parecía danzar alegre en su piquera de hierro, chisporroteando y plegando y volviendo a desplegar su abanico de luz, que se proyectaba en los muros en círculos movibles, ora oscuros, ora brillantes. Esto se prolongó hasta rayar el día, en que el bullicioso repique de las campanas de la parroquia echadas a vuelo en honor del santo patrono del lugar, y el agudo canto de los gallos, anunciaron el alba a los habitantes de la aldea. Pasó el día entre fiestas y regocijos. Mosén Gil, sin sospechar la parte que las brujas habían tomado en su elaboración, repartió, terminada la misa, sus panes entre los pobres; las muchachas bailaron en las eras al son de la gaita y el tamboril, luciendo los dijes y las galas que habían traído de Tarazona, y ¡cosa particular!, Dorotea, aunque al parecer fatigada de haber pasado la noche en claro amasando el pan de la limosna, como pequeño asombro de su tío, ni se quejó de su suerte, ni hizo alto en las bandas de mozas y mozos que pasaban emperejilados por sus puertas, mientras ella permanecía aburrida y sola en su casa.

Y, por otro, el final del narrador. Bécquer toma cartas en el asunto, conoce a una hermana de la bruja asesinada, otra tía Casca, y reflexiona sobre la eternidad de la casta de las brujas, tan

distinta de las dinastías seculares, que ve poco eternas, según dice en uno de sus curiosos gestos de actualización, aunque la conclusión es que todo esto tiene algo de “un no sé qué de agreste, misterioso y grande”, que impresiona profundamente el ánimo y lo predispone a creer en lo “sobre-natural”, lo que confirma, cuando, al final, reconoce haber sufrido un cierto estremecimiento involuntario, con el que cerramos ya este dilatado repaso de las brujas beccurianas:

Después de oír esta historia, he tenido ocasión de conocer a la tía Casca, hermana de la otra Casca famosa, cuyo trágico fin he referido a ustedes, y vástago de la dinastía de brujas de Trasmoz que comienza en la sobrina de mosén Gil y acabará no se sabe cuándo ni dónde. Por más que, al decir de los revolucionarios furibundos, ha llegado la hora final de las dinastías seculares, ésta, a juzgar por el estado en que se hallan los espíritus en el país, promete prolongarse aún mucho, pues teniendo en cuenta que la que vive no será para largo en razón a su avanzada edad, ya comienza a decirse que la hija despunta en el oficio y que una netezuela tiene indudables disposiciones; tan arraigada está entre estas gentes la creencia de que de una en otra lo vienen heredando. Verdad es que, como ya creo haber dicho antes de ahora, hay aquí en cuanto a uno le rodea un no sé qué de agreste, misterioso y grande que impresiona profundamente el ánimo y lo predispone a creer en lo sobre-natural.

De mí puedo asegurarles que no he podido ver a la actual bruja sin sentir un estremecimiento involuntario, como si, en efecto, la colérica mirada que me lanzó, observando la curiosidad impertinente con que espiaba sus acciones, hubiera podido hacerme daño. La vi hace pocos días, ya muy avanzada la tarde, y por una especie de tragaluz, al que se alcanza desde un pedrusco enorme de los que sirven de cimiento y apoyo a las casas de Trasmoz. Es alta, seca, arrugada, y no lo querrán ustedes creer, pero hasta tiene sus barbillas blancuzcas y su nariz corva, de rigor en las brujas de todas las consejas.

Estaba encogida y acurrucada junto al hogar entre un sinnúmero de trastos viejos, pucherillos, cántaros, marmitas y cacerolas de cobre, en las que la luz de la llama parecía centuplicarse con sus brillantes y fantásticos reflejos. Al calor de la lumbre hervía yo no sé qué en un cacharro, que de tiempo en tiempo removía la vieja con una cuchara. Tal vez sería un guiso de patatas para la cena; pero impresionado a su vista, y presente aún la relación que me habían hecho de sus antecesoras, no pude menos de recordar, oyendo el continuo hervidero del guiso, aquel pisto infernal, aquella horrible cosa sin nombre de las brujas del Macbeth de Shakespeare.

Recopilador de tradiciones locales, Gustavo Adolfo Bécquer, como otros muchos en su tiempo, dentro de la tradición más pura del romanticismo europeo, recreó historias o cuentos de origen popular, en este caso en torno a las brujas. El gusto por referir tradiciones, supersticiones, creencias y relatos populares, lo compartía nuestro gran poeta del siglo XIX, con la prevención de toda persona culta hacia esas tradiciones, tratando de marcar una distancia entre la persona instruida y urbana que no debe creer en lo que se le cuenta, y un cierto estremecimiento involuntario que le llegan a producir todos estos relatos de brujas, que él quiere transmitir a sus lectores cuidando mucho el verismo y la autenticidad de los testimonios aducidos, para reforzar así el interés de sus lectores de *El Contemporáneo*.